

## Benito Fernández

—A mí me gustaría que me dijera cómo surgió Benito Fernández, una obra tan chistosa, en donde usted capta tan bien la realidad mexicana, el humor mexicano, en donde todo es ironía, ¿se acuerda?

—Sí, me acuerdo.

—HP: Julián, el vendedor de cabezas. La cabeza rubia, ojos azules...

—*Todo mundo quiere esa cabeza.*

—EG: Sí, porque en México lo elegante es ser rubio, o era, yo no sé si habrá cambiado.

—*Sigue siendo. Pero el recurso... ¿Cómo se le ocurrió el elemento, el vendedor de cabezas?, ¿cómo se le ocurrió Benito Fernández?*

—Tengo un amigo que se llama Tomás Córdova. Yo viví mucho tiempo fuera de México. Cuando volví, lo encontré casado y con una niña chiquita, muy bonita, una güerita muy linda, que me hacía mucha gracia porque decía muchas palabrotas. Entonces, me mandó Octavio a ver a Fernando Benítez, que era el director de "La Cultura en México" del *Siempre!*, para que le corrigiera no sé qué cosa. Y llegué con la niña. Y él: "Ay, qué bonita hijita tienes!", dijo, así, muy redicho, hablaba muy redicho. Y la niña le dijo: "No seas tarugo". A mí me entró mucha risa, pero él se enfadó. Y cada vez que él decía algo, así muy doctoral... la niña lo corregía, y le decía: "Hijo de la chingada...". Entonces me dijo: "Qué barbaridad, mejor llévate ya a tu

hija". "No es mi hija, le dije". "Sí, sí es tu hija, cómo no. Se nota enseguida que es tu hija. Por lo malcriada". Bueno. Nos fuimos las dos. Y en la noche llegó Tomás, el papá de la niña y dijo: "Oye, este Fernando llegó a Sanborns (porque allí desayunaban todos los intelectuales) y dijo que tenías una hija odiosa, que le había mentado la madre, que no sé qué. Y yo le dije: Te equivocas, no es hija de Elena, es mi hija, ella la llevó". "Ay, pues qué niña tan grosera, hay que cambiarle la cabeza, hay que ponerle la cabeza de una niña decente". Y yo dije: "Al que hay que cambiarle la cabeza es a él", y de allí salió... Y al día siguiente llegó Octavio o esa tarde, y me dijo: "Oye, ¿que llevaron a la hija de Tomás

e insultó a Fernando?”. Dije: “Ay, qué mentecato. ¿Cómo toma en cuenta a una niña de cinco años?”.

—*Oiga, doña Elena, esa niña es a la que usted le dedica la obra, a una niña Claudia...*

—Sí, a Claudia Córdova. Es ella.

—HP: ¿Qué se habrá hecho Claudia?

—¿Quién sabe? Qué linda era, ¿verdad?

—*Yo digo en la última frase de mi trabajo sobre Benito Fernández que el final es apocalíptico porque aparece una lluvia de cenizas y todo desaparece, lo único que queda en escena es el letrero que dice: “Cómprase una cabeza y sabrá quién es”. Que es totalmente irónico, mientras compramos cabezas, no reconocamos quiénes*

somos, nunca vamos a saber realmente quiénes somos. Usted nos dice que si no aceptamos la pluralidad de razas y culturas vamos a destruirnos. Yo creo que usted reafirma a Einstein, quien dijo: "La creación del poder atómico ha cambiado todo excepto nuestra manera de pensar... la solución a este problema se encuentra en el corazón de la humanidad".

—Es cierto.

—Porque es un racismo desmesurado. Aquí no queremos ver a nuestros indígenas, no queremos ver a nuestro pueblo indígena que se está muriendo de hambre. La burguesía no lo quiere ver...

—Pero no ha querido nunca, nunca. Pasan junto a ellos como si fueran piedras del camino. No los ven.

—Es como cuando Benito Fernández anda buscando una cabeza de alcurnia y Julián le ofrece una de un héroe de la Independencia, Benito la rechaza porque para él un grupo de herejes como él destruyeron a los Fernández. Entonces Julián, qué bonito esto, esconde la cabeza y dice: "Tiene razón, tiene razón señora, le queda muy grande al joven". Porque Benito es un tonto, es un racista que cree en la raza pura blanca, que no existe...

—HP: Es el presuntuoso, el ridículo. La rabia que le habrá dado a Fernando Benítez.

—¿El se habrá visto aludido?

—EG: Sí, sí, claro, y fue a ver a Octavio para decirle que le rogaba que yo no publicara esa obra.

—HP: Fernando Benítez decía: “Yo soy blanco puro...”. Estábamos una vez con Cristóbal Rojas en Sanborns, un señor que defendía a los campesinos con mi mamá. Y Fernando dijo: “Qué te pasa, estás perdida, los indios mugrosos son el lastre de México. A mí me dan pavor. Ay, qué horror. Me acababan de operar en un hospital. ¿Tú crees que me hayan sacado el corazón?”. El pobre Cristóbal Rojas estaba así... Son unos hipócritas porque juegan el doble juego. Es lo peor. El tipo que dice por escrito “yo soy racista” y tiene el valor de decirlo “yo soy racista”, bueno, se le respeta al señor. Pero estos juegan al doble juego.... Chingan a los indios pero ante el público son los salvadores... Qué asquerosidad.

—HP (a EG): ¿Te acuerdas de la mujer (se refiere a Victoria en *Benito Fernández*) que quiere cabezas de negros para adornar su bar? Bueno, después hubo una discoteca en México que se llamaba Safari con adornos de negros por todas partes, la discoteca más cara de México. Yo leí *Benito Fernández* muchos años después de que mi mamá la escribiera y yo le dije: “Oye, mamá, aquí está el Safari”. La discoteca tenía cabezas de negros como ceniceros... decoraciones de negros en las paredes, una discoteca para niños bien.

—¿Eso en qué años?

—HP: En los sesenta.

—Pero tu mamá escribió esta obra en el 57.

—HP: 10 años antes.

—Es una premonición. Todas sus obras son premonitorias.

68

~~PROCESO~~

1139 / 30 de agosto / 1998